

## Homenaje a François Mauriac

### PERSONALIDAD INTEGRAL DE MAURIAC

Por René Uribe Ferrer

“Mauriac, a quien considero desde mi adolescencia, como el más grande de los novelistas que viven”, escribía Graham Greene en 1948. En el otro extremo, Jean Paul Sartre habría de afirmar que Mauriac no es un novelista auténtico. Entre ambas opiniones oscilan las de los innumerables críticos que se han ocupado de su obra, aunque, es innegable, la mayoría se inclina a reconocer en él a uno de los grandes escritores de su época. Este prestigio fue consagrado por premio Nobel en 1952.

Sí, la gran mayoría de la crítica ha reconocido el mérito extraordinario de Mauriac. Pero ello no significa que su obra no haya sido objeto de discusiones apasionadas. Católico militante a lo largo de toda su vida, sus ideas religiosas escandalizaron a muchos correligionarios suyos en la estrecha etapa, afortunadamente superada, que antecedió al Concilio Vaticano segundo. Uno de sus libros de exposición de su pensamiento religioso, “La piedra de escándalo” motivó una solicitud a la Santa Sede para que su nombre fuera incluido en el **Index** de libros prohibidos; solicitud que, afortunadamente, no fue atendida. Su franqueza moral al analizar los más turbios procesos del alma humana, suscitó la protesta de algunos censores católicos, como el ex-conocido abate Bethléem. Del lado opuesto, marxistas como el novelista Ilia Ehrenburg, se burlaban de él porque sus personajes podían a veces obrar por el imperativo de la fe y cambiar el curso de sus vidas bajo la acción de la gracia.

**Su fe religiosa.** — Claro que hay motivo para que su obra y su pensamiento religioso se miren desde perspectivas encontradas. Mauriac fue siempre, desde su bautismo hasta su muerte, un católico integral. Pero su fe religiosa no alcanzó nunca la suprema serenidad. ¿Habrá alguna fe que haya alcanzado la suprema serenidad? Tal vez la de unas cuantas almas que hayan llegado a las cimas de la perfección mis-

tica, por una gracia extraordinaria de Dios. Tal vez. Pero la mayoría de los creyentes nos veremos obligados a reconocer que el mantenimiento de la fe es el resultado de una continua lucha contra toda suerte de tentaciones, de dudas, de vacilaciones. ¿No está en eso uno de los méritos del acto de fe?

En la citada "Piedra de escándalo", escribió: "Es la pregunta que todo creyente, sea cual fuere su creencia, tiene el deber de plantearse a sí mismo: ¿soy un impostor? ¿Verdaderamente adhiero con todo mi corazón y todo mi espíritu al credo que profeso? ¿O en cambio lo acepto por hábito, porque nací con él o por las ventajas que extraigo de él o para mi comodidad?". Y más adelante: "Nada me pareció más ridículo, entre ciertos devotos, como la desdenosa piedad que testimonian por los ateos, como si fuera el hecho más sencillo del mundo admitir la existencia del Ser infinito, que es alguien a quien se habla y que nos escucha y a quien podemos comer y beber bajo las apariencias del pan y del vino. En cambio, lo que me escandaliza en el incrédulo, es su rechazo, aún a título de hipótesis; es esa seguridad en la negación, esa astucia más o menos consciente para no atisbar lo que oculta el decorado a la italiana de la vieja Iglesia madre, es no tener en cuenta lo que, siglo tras siglo, los místicos han presentado o aún tocado".

En los textos citados se encuentra el doble aspecto de la fe de Mauriac que ha asustado a tantos católicos. El carácter **agónico** (en el sentido unamuniano, de lucha) de la misma; una fe que tiene que mantenerse día a día mediante un esfuerzo heroico contra las tentaciones de la razón. Y una fe que no intenta ampararse en la negación o la ocultación piadosa de los errores y pecados de la Iglesia militante. Mauriac fue siempre el antifariseo por excelencia: el denunciante, con una dureza que nunca puede ser excesiva, del cúmulo de traiciones que los cristianos de todas las épocas y todas las jerarquías hemos cometido contra la enseñanza del Hombre-Dios. Esta posición hoy tan en boga, tenía que conmovir la ingenua seguridad de muchos apologistas de una época reciente y, afortunadamente, caducada. El, como Bernanos y antes Bloy, asumió esa ingrata y, a la larga, fecunda posición. Entre los escritores franceses, sin hablar de los especializados en la filosofía y la teología, no puede desconocerse la influencia que los tres nombres citados han desempeñado en esa nueva orientación católica que habría de encauzarse a partir del pontificado de Juan XXIII y del Vaticano II.

En las páginas finales de uno de sus últimos libros, "Lo que yo creo", escribió, refiriéndose al aspecto humano, demasiado humano, de la Iglesia: "Lo comprendo mejor, en el momento en que escribo esto, cuando acaba de iniciarse en Roma el Concilio Ecuménico, y cuando el Papa Juan XXIII ha dicho palabras de misericordia que siempre he deseado oír en Roma, y las ha dicho en presencia de nuestros hermanos separados, y en ese colmo de gloria ha sabido borrarse y anularse, de tal forma que a través del anciano es el Espíritu mismo, el Espíritu de amor y de consolación, el que ha hablado al mundo; sí, comprendo al fin la fuerza de mi vinculación a la Santa Iglesia, incluso bajo su aspecto de sociedad humana, y sea cual fuere su historia en el pasado confundida con la del César".

**Su visión moral.** — Yo he anctado el hecho de que algunas de sus novelas suscitaron la protesta de censores católicos. Creo que hasta se mencionó la palabra pornografía. Hoy, después de la ola de literatura y seudoliteratura eróticas que ha llenado al mundo en los últimos años, ese juicio desconcierta o hace sonreír.

Y es que las novelas y los ensayos de Mauriac ponen de manifiesto algo que pertenece al dogma cristiano, pero que muchos cristianos pretenden olvidar: que nacemos en pecado; que el agijón de la concupiscencia nos atormenta y empuja a la caída; que ningún hombre, fuera de Cristo y la Inmaculada, está exento del mal moral. Que el poder del mal en la creación asume proporciones atroces. Y que, precisamente, a la sombría luz de estas verdades, se comprende o se vislumbra lo que es el misterio de la redención y el misterio de la gracia.

Esa es la dolorosa realidad humana: a la vez trágica y consoladora. Y el novelista, el gran novelista, es el hombre que re-crea la realidad humana. En su librito "El novelista y sus personajes" Mauriac explica su actitud, citando la frase de José de Maistre: "No sé lo que es la conciencia de un canalla, pero conozco la de un hombre honrado, y es horrible". Y en un ensayo titulado "La literatura y el pecado", escribió en 1938: "Nada podrá hacer que el pecado no sea el elemento del hombre de letras, y las pasiones del corazón el pan y el vino en las que cada día se deleita. Describirlas sin connivencia, como nos lo pide Maritain, está sin duda al alcance del filósofo y del moralista, no del escritor de imaginación, cuyo arte entero consiste en volver visible, tangible, oliente, un mundo lleno de delicias criminales, de santidad también, no lo ignoramos. Esa es la roca con la que chocamos; la que abrazaremos hasta nuestro último soplo; pueda al menos la Gracia permanecer en nuestra obra. Aun despreciada y, en apariencia rechazada, que el lector sienta por todas partes esta tela inmensa, esta circulación subterránea del amor".

Y así es: tanto el pecado como la gracia están presentes en las novelas, y en toda la obra de Mauriac. Pero ocurre que el pecado en sus novelas, como en la realidad histórica, es siempre lo más aparente. Mientras que la gracia, actúa callada pero profundamente. Los lectores superficiales de su obra, sólo han visto lo primero, y han tachado a su autor de escandaloso. Los ateos inteligentes, han visto también lo segundo. Y han visto con cierto desprecio el que un ente para ellos ficticio, la Gracia, desempeñe un papel en la novela, de donde ha sido excluida tantas veces. Creo que, en cambio, muchos cristianos de verdad, han comprendido el profundo sentido cristiano y positivamente humano de la obra de Mauriac.

Esa visión del mundo del hombre ¿es pesimista? ¿Insiste demasiado en los aspectos negativos del mal y del pecado, tanto individual como social? Tal es la opinión de algunos críticos, que ven en él un heredero de la tradición jansenista. No niego la verdad de esta última afirmación. Mauriac ha preferido siempre, entre los clásicos franceses, a Pascal y a Racine, cuya vinculación con el jansenismo es conocida. Y fuera de ello, a través de la literatura francesa, hasta nuestros días, se ha mantenido una corriente que, sin caer en la heregía jansenista, enfoca la vida con los oscuros lentes de los solitarios de Port Royal.

Pero creo que la visión de la vida humana que él tiene, no es unilateral ni pesimista. Tampoco optimista, desde luego. Es difícil ser optimista, ni aún cerrando los ojos del cuerpo y los del alma, en una época que ha visto dos guerras mundiales y sus consecuencias, peores aún. Es más: ¿Tiene un auténtico cristiano el derecho de ser optimista? (Optimista, es bien sabido, se deriva de óptimo: lo mejor). El cristiano tiene que saber que su vida es una lucha, no siempre victoriosa, con el pecado y la concupiscencia. Y que el mal moral desaparecerá de la tierra con el triunfo final de Cristo.

Pero el cristiano tampoco puede ser pesimista. Tiene la virtud de la esperanza, como una de las tres teologales. Y espera siempre, contra toda esperanza, como exige San Pablo; contra toda apariencia, en ese triunfo de Cristo y en la ayuda de su gracia. Tal es la actitud de Mauriac. En la que es, acaso, la mejor de sus novelas, "Thérèse Desqueyroux", nos pinta la vida trágica de esta oscura mujer envenenadora. No se ve el arrepentimiento ni la acción de la gracia. Pero el mismo novelista, hablando con su personaje le dice: "Al menos en esta acera en la que te abandono, tengo la esperanza de que no estás sola". Así es: ni Teresa, ni los personajes más abyectos de las novelas de Mauriac, como tampoco los personajes más abyectos de la humanidad, se encuentran solos para el creyente.

Y eso nos explica el sentido de la vida y de la obra de Mauriac. Fue un perpetuo luchador por la moral, por la justicia, por la libertad. Combatió siempre, la tiranía, la opresión social, la deformación del cristianismo. Y duramente rígido consigo mismo, —repito que fue siempre el antifariseo— mostró la máxima caridad por los demás.

**Su creación novelesca.** — A pesar del gran valor de sus ensayos, que abarcan tan variados temas, Mauriac pasará a la historia, ante todo como novelista. Sobre agregar que la novela es, o debe ser, una de las cimas de la creación estética, y una de las formas que el hombre ha descubierto para profundizar en el conocimiento de sí mismo. Entre 1913 y 1941, o sea entre los veintiocho y los cincuenta y seis años, publicó diez y ocho narraciones no muy extensas. Ya en su vejez había de publicar otras cuatro obras que no alcanzan la importancia de las mejores de la primera época.

Mauriac no es un creador de mundos, como Balzac o Proust. Más bien se sitúa en una línea, más típicamente francesa, de analista de conciencias. La iniciada por "La princesa de Cleves" y que culmina en el siglo pasado con Stendhal. Hablo de línea, simplemente, porque Mauriac no es un imitador de sus ilustres antecesores. Con la originalidad de su temperamento creador, con su poder de introspección y de penetración en las almas ajenas, afrontó los conflictos que había visto en la provincia francesa donde transcurrió su primera juventud, y supo transfigurarlos y perpetuarlos en obras de arte.

El fracaso de una vida, frustrada por la enfermedad, como en "El beso al leproso" su primer gran triunfo. La familia destruida por el terrible poder de la voluntad de una madre, en "Genitrix". El fracaso de la comunicación matrimonial en "El desierto del amor". "Teresa Desqueyroux" la esposa frustrada que busca la salida en el crimen. El

padre de familia que vive en su hogar entre un "Nido de víboras". La falsificación inconsciente del cristianismo por muchos espíritus religiosos en "La farisea". Tales son, entre otras, las perspectivas que sobre la miseria y la grandeza del alma humana nos proyecta Mauriac. Que a veces son más límpidas como en "El misterio Frontenac".

¿Son ellas novelas católicas? Si por novela católica entendemos novela apologética, evidentemente no. La novela apologética corre el peligro de fracasar en la apologética y de fracasar como obra de arte. Pero todo cristiano auténtico tiene que incorporar sus creencias en su visión de la vida. Y la novela es, para el gran creador, su visión de la vida. En este sentido las novelas de Mauriac tienen que ser católicas. El, con su severa crítica, escribió que solo tres de ellas merecían "sin restricción" tal apelativo: "Los ángeles negros", "Lo que estaba perdido" y "El nido de víboras": "las únicas que están enteramente fundadas en la revelación". Me parece un exceso de escrupulo, por cierto muy mauriciano.

En cuanto a su extraordinario valor literario, me parece indudable, a pesar de Sartre y de críticos menos autorizados. En 1950 la Academia Goncourt designó un jurado que eligiera las doce principales novelas francesas del medio siglo. Estaba presidido por Colette. Entre las doce apareció "Thérèse Desqueyroux". Las otras once eran obras de France, Barrés, Gide, Proust, Valery-Larbaud, Lacretelle, Romain, Duhamel, Bernanos, Malraux y Sartre. Si agregamos nombres más jóvenes como Saint Exupéry y Camus, y alguno injustamente omitido como el de Martín du Gard, tendremos la lista de los grandes aportes de Francia a la literatura universal en un género tan caudalosamente cultivado pero tan difícil para triunfar definitivamente.

Creo que Mauriac es de esos escritores que, una vez leídos, nos dejan distintos de como nos encontramos. Para mí es el mayor elogio que puede hacerse a su memoria, y a su obra, que sigue viva.

---

## **MAURIAC, NOVELISTA Y CATOLICO DIFICIL**

**Por Carlos E. Mesa, C.M.F.**

La nombradía de Francisco Mauriac se alza de repente cuando en 1927 publica su novela "Teresa Desqueyroux", paradigma de su arte de novelar. En 1936 da un testimonio muy suyo con la "Vida de Jesús", nuevo eslabón de oro en la cadena de vidas de Cristo redactadas por insignes escritores de Francia. En 1952 recibe el galardón del Premio Nobel. En 1954 pronuncia su iracunda Apelación al César, contra unas medidas del general de los Dominicos que afectaron a varios Religiosos franceses de la Orden. Mauriac pide al César que establezca un concordato de Francia con la Santa Sede "para tutelar los derechos del Estado y de los ciudadanos franceses ante la prepotencia de la I-

glesia...". Luego publicó su "Diario" y su continuación "Bloc-Notes", que suscitaron siempre la reacción de los lectores despiertos.

Tiene Mauriac, porque sigue viviendo, una personalidad recia e hiriente, que se percibe y se vierte con fidelidad en su obra literaria. En él se cumple aquello de que el escritor se explica por su obra o la obra por el escritor. Ha cultivado la novela, el ensayo, la biografía, la glosa periodística. Y se ha volcado totalmente en cada una de sus obras.

Hacia 1909 publicó un breve poemario "Las manos juntas". Pero en él prevaleció el prosista y llegó un momento en que los versos de su juventud le irritaban. Son poemitas bellos y conturbadores, nacidos bajo el signo de James y de Verlaine y recuerdan al lector hispánico la primera etapa lírica de Juan Ramón Jiménez. Barrés quedó deslumbrado con su lectura y les encontró un suave tono asordinado, la disposición a la ternura y el apego a la intimidad.

Como novelista fue un analizador del hombre, un zahorí de sus abismos y de las pasiones más secretas. Refiriéndose a "Los ángeles negros" apunta una idea que siempre lo obsesionó: "En el peor criminal subsisten siempre algunos elementos del santo que habría podido ser y por el contrario, en el hombre más puro asoman espantosas posibilidades". Su visión del mundo moral y espiritual nos recuerda la del pintor y novelista español Solana. Es una visión de negredumbre. Mauriac es un manipulador de seres amasados en pecado, que él crea y mueve sin piedad y sin ternura. Se ha dicho que Mauriac es un cristiano que ignora la sonrisa. Es interesante y adoctrinador leer los prefacios a sus novelas porque en ellos parece como un escritor lúcido, sabedor de su oficio, discernidor de sus valores, avances y retrocesos, si los hubo, en la tarea de entregarse al público leyente.

De su novela "El beso al reproso" dice: "Ninguno de sus personajes es inventado; es su destino lo que yo invento". En otra parte nos habla del horror de envejecer y seguir amando y apunta que el drama de Gornac es que nuestro cuerpo no tenga la edad de nuestro corazón.

Mauriac admite la novela llamada católica y abscribe a ese número: "Los ángeles negros", "Lo que estaba perdido" y "Nido de víboras", únicas novelas mías que merecen sin paliativos que se les llame católicas puesto que son las únicas que se basan enteramente en la revelación".

Por las memorias de su niñez sabemos que la tuvo triste o así la recordó después. Ya entonces leía las páginas austeras de Pascal y las escuetas e incisivas de la "Imitación de Cristo". Sus mayores admiraciones fueron para Racine y Pascal, tan divergentes pero aunados en el corazón de Mauriac y sobre ellos dejó, en "Pequeños ensayos" páginas de una sagacidad sorprendente y deliciosa. Mauriac confiesa que de la autoridad eclesiástica recibió siempre un tratamiento de circunspección y desconfianza afectuosa y que hubo docenas de abates Bethléem que atacaron violentamente sus ideas y los personajes de sus novelas. Distingue tres clases de cristianos. Los educados al margen del cristianismo, que un día lo descubren. Es el caso de Maritain. Los que recobran la fe perdida, como Paul Claudel y los que no han abandonado nunca el redil. Es su caso personal. "Toda mi vida he tenido que

luchar contra el temor de seguir una fe recibida del exterior y que yo no había elegido. Entre estas viejas ovejas se observa raramente la conversión en su sentido más profundo, es decir, la muerte del hombre viejo y el nacimiento del hombre nuevo. El abuso de los sacramentos, la rutina, una familiaridad demasiado prolongada con las cosas de Dios...".

Su cristianismo es una religión de expiación y de penitencia. Y su misma "Vida de Jesús" aún siendo ortodoxa, se sitúa lejos de la amable dulzura evangélica. Mauriac dice que "el santo furor de Cristo suscitó los verdugos que necesitaba para su suplicio. Si Cristo hubiera sido un personaje inventado nos lo hubieran mostrado suave. Cristo anduvo colmado de indignación. Señaló, denunció". Mauriac habla del lado hermoso de nuestras cóleras... aunque a continuación piensa que el que las sufre es un hombre vivo...

Realmente, es un católico difícil. Hay quienes hablan de su latente y no bien disimulado jansenismo. Católico lleno de angustias, de dudas, de protestas. Tibaudet ha observado que Mauriac se mantiene en un grado de angustia y de hondura que no permite equipararlo a los novelistas que literariamente están de acuerdo con la Iglesia. El no ha sintonizado con el cristianismo de tono heroico, porque vive agobiado ante la visión de los obstáculos que el cristianismo va encontrando en su camino por el mundo. En sus novelas le repugnan las soluciones edificantes. Al terminar la de "Teresa Desqueyroux", la despide así: "Yo hubiera querido, Teresa, que el dolor te entregase a Dios y he deseado largamente que tú fueses digna del nombre de Santa Locusta. Sobre el camino en que te abandono, tengo al menos la esperanza de que no vayas sola...". En la lucha con los demonios y con las esfinges, Mauriac deja a sus personajes amplia libertad. "La novela —dice— es una búsqueda de la verdad humana y aunque puede reflejar también la vida interior del católico, cuando lo es el autor, no podrá convertirse jamás en instrumento de edificación"..

Se aludió arriba al "Diario" y las "Notas de Bloc". El primero corre de 1934 a 1951. Las segundas, del 52 al 57. Diario especial, constituido por artículos o breves ensayos publicados en "Temps Presents" y otros periódicos. Sus personajes ya no son inventados. Son los amigos, los compañeros, los adversarios de la calle y de la faena cotidiana. Es el reflejo de los tremendos acontecimientos que Francia, la humanidad y el corazón del autor vivieron con angustia y violencia desde 1934. Mirados y sentidos por un hombre de la sensibilidad y la capacidad analítica del autor se convierten en una perspicaz interpretación de las realidades sociales y culturales, de los problemas capitales de nuestro tiempo. Gracias a su prestigio en el reino de las letras, la palabra cristiana recobró en la prensa de Francia un dominio de vigorosa presencia. En "Bloc-Notes" hay reflexiones como ésta: "No existe en la literatura universal una página que supere los versículos de la carta a los Corintios leídos hoy en la misa. Pablo nos entrega todos sus secretos como si le fueran arrancados: Quién se enferma sin que yo me enferme? Este arrollador amor de San Pablo por sus hermanos nos obliga a preguntarnos sobre nuestra maldad incurable. A menudo, Gide se planteaba interrogaciones como éstas: Por qué los católicos tienen los dientes tan agudos? Porque lo cierto es que Veuillot, León Bloy y Bernanos mor-

dían. Y no es precisamente por su dulzura por lo que Claudel obtendrá la visión de Aquel en quien creyó”.

Hay un eco de Pablo en la confesión de Mauriac al frente de su vida de Cristo: “Conste que toda mi vida he tomado mi religión en serio y esto ha sido para el escritor, para el novelista, una perpetua dificultad. Soy el único en saber, el único en poder medir los sacrificios que le he hecho”. Pero abriga confianza en la misericordia de Cristo, gracias al mensaje del tomo tercero de sus obras: aquél en que figura la “Vida de Cristo” y el tema católico en sus varios aspectos. Es fácil que este cristiano esquinado, exigente, negado a la amable sonrisa suscite siempre simpatías; pero Mauriac con sus páginas, nos enriquece por asentimiento o por disentimiento.

---

## FRANÇOIS MAURIAC

**Por Alfonso Lopera**

El bien fundado prestigio universal del Premio Nobel de Literatura concedido en 1952 a Francois Mauriac, dió a este gran valor de las letras católicas una merecida actualidad. El nombre de Mauriac señala en efecto la cúspide de la novela francesa contemporánea; críticos autorizados exaltan el arte de este escritor católico que ha sabido iluminar con resplandor de fe los más oscuros fondos del corazón humano, que tuvo fuerzas para llevar la novela de la zona mefítica del naturalismo al clima tonificante de la vida cristiana, bajo un sol de misericordia y caridad.

Sobre la cumbre de sus años, reciamente vividos, este rudo bordelés siguió dando a Francia y al mundo el testimonio de la fe, en la iluminación de su obra literaria y en el ejemplo de su vida cristiana.

Un ilustre sacerdote predicador, que bien lo conoció, nos lo muestra así: “Es Mauriac un creyente auténtico, un hombre de fe y de oración que medita y comulga. Tiene una alta conciencia de su responsabilidad como escritor, que en veces llega hasta el sufrimiento, y una profunda necesidad de dar testimonio de su fe” (H. C. Chéy - Mauriac).

La actividad de su pluma es incansable y sólo la altura cimera de su novela hace que permanezcan en planos secundarios las otras manifestaciones de su cerebro infatigable. Con qué holgura se mueve del poema al ensayo, de la biografía a la ficción, del discurso académico a la nota política. En todos estos campos la firma de Mauriac, como la huella del león, difunde un cálido clima de admiración y respeto.

En el diarismo, por ejemplo, supo colocarse en la altura moral e intelectual en que debe mantenerse el periodista católico. Desde 1933 colaboró en distintos diarios de París, de manera especial en *Le Figaro* y lo hace sobre crítica literaria y cuestiones de actualidad política. Nadie como él con más vigor en las polémicas, con más talen-



to para elevar la controversia, con más certeza para dar en el blanco; su amor a la verdad lo constituye enemigo leal y lúcido de toda traza de mentira. Mas no se crea que alcanzó la cumbre de su convicción católica de un solo impulso decidido del corazón o tras un sereno vuelo del espíritu; su retorno a la fe fue lenta ascensión, duro sendero paso a paso ganado, cima luminosa en que concretaron muchas vigiliias de angustia y reflexión.

El mito de Cibeles, que cantó en el bello poema de juventud, es apenas reflejo de su lucha interior. Por mucho tiempo fue su alma como esos pinos que describe en su **Diario** "tranquilos entre la arena y el azul y que guardan en su corteza una cigarra para adormecerlos". Cristo y Cibeles disputáronse su alma y su arte; entre la arena y el azul, entre la gracia y la naturaleza, el alma se enrutó por fin con paso decidido hacia la altura. Su espíritu de extracción pagana vióse entonces iluminado por un sol de verdad que simultáneamente proyectó su luz sobre los negros fondos que aborda en sus novelas; hubo ya para el escritor una respuesta a los problemas del mal, a la miseria del corazón, a la ignominia de la carne; tuvo por fin el artista un derrotero cierto para hundirse en los abismos abiertos en la humanidad por el pecado, para explorar las grietas que cava en el mundo la pasión, para pintar la vida como es, contaminada por el mal pero ungida por la misericordia.

En Mauriac se palpa la disciplina que deja en el espíritu el lento arribo de la gracia; con la imposición católica entró en su alma la costumbre de replegarse sobre sí misma, de examinarse, compararse y someterse, el hábito de mirar hasta el fondo en el mundo y en las conciencias y ver la sombra de Dios amorosamente proyectada sobre los seres y sus actos, sobre lo transitorio y lo eterno.

Tres son los períodos de esta obra ascendente, claramente reflejados en su producción literaria. La época inicial (1909-1923), período de poesía sentimental, no desprovista de encantos y justamente elogiada por críticos como Barrés y Faguet. A ella pertenecen **Las manos juntas** y **Adiós a la adolescencia**. De este tiempo son las novelas que, como **L'Enfant Charge de Chaines**, **La Chair et le Sant**, **Preseances**, aunque sin el vigor de sus grandes obras, presentan ya los temas de Mauriac: el conflicto del bien y del mal, la disección de una sociedad aburguesada, la fuga de la inocencia por los desfiladeros del pecado.

La época segunda (1923-1928) es de pasmosa actividad literaria; el escritor se halla en plena posesión de su talento artístico, su prestigio se ha levantado ya sobre sólidos cimientos. Publica nuevos poemas, ensayos enjundiosos, estudios biográficos admirables como los consagrados a Pascal, Proust y Racine. Es la época de las seis grandes novelas del período de "preconversión". Entre ellas se destacan por méritos eminentes **Genitrix** y **Teresa Desqueyroux**.

Se perfilan ya los grandes seres de Mauriac, asfixiados en las encrucijadas del pecado: Teresa, la envenenadora, la madre de Génitrix que cerca a sus hijos con amor sofocante, los adolescentes que zozobran entre instintos e inquietudes. Pero el escritor que sondea con mirada certera y angustiada la desolación oceánica de la vida y de la culpa, gime todavía en el yermo del desamor divino.

Vienen luego dos años decisivos: 1928 y 1929. El novelista se silencia, su espíritu se debate afligido entre las fronteras de la naturaleza y la gracia, Cristo y Cibeles combaten en su alma; muchos cristianos siguen expectantes el conflicto y lo cercan de cartas y plegarias. El período de combate definitivo comienza con **Souffrances du Chretien** que es un doloroso examen de conciencia y termina como **Bonheur du Chretien**, himno de triunfo de la gracia. En adelante Mauriac será el novelista católico, el traductor para el mundo de las miserias del hombre sin Dios. Publica en esta época un libro capital, **Dieu et Mammon**, guía certero para explorar el alma del escritor cristiano.

Y empieza la tercera época luminosa de Mauriac, la de sus grandes realizaciones en la novelística cristiana; el período en que, purificada la fuente, se desborda el río de su arte para llevar a las almas respuestas de fe a las angustias del pecado, la época de los grandes ensayos cristianos, de su arribo triunfante al teatro, de la consagración de su arte creyente cuando se ve llamado a ocupar el sillón académico de René Bazin y pronuncia el famoso discurso **Trois Grands Hommes Devant Dieu**, proyección luminosa de la fe sobre la historia de la inteligencia francesa.

El novelista católico entrega después una sucesión de obras maestras. **Nido de Víboras**, proceso terrible de los creyentes sin amor, obra cumbre de la novela cristiana; **El Misterio de Frontenac**, oasis resplandeciente en su novelística ensombrecida; **Los Angeles Negros** en que esclarece la honda realidad del misterio redentor; **Los Caminos del Mar**, **La Farisea**, picota de abominación para ese frío catolicismo sin alma fabricado de apariencias y concesiones cobardes.

Mientras tanto la Comedia Francesa abre sus puertas consagratorias a dos grandes dramas de Mauriac, **Asmodee** y **Les Mal-Aimes**. El genio cristiano triunfa en todas las líneas.

Muchas almas se desconciertan ante el ambiente con frecuencia pesado y ensombrecido de las novelas de Mauriac, ante su pintura realista de la vida y de la culpa. La novela es ante todo análisis de los caracteres, sentimientos y disposiciones de los personajes; a través de ambientes, de hechos, de ademanes el novelista explora el alma de sus seres; hasta tal punto deben rebosar de vida los personajes creados que pronto aparecen en franca emancipación de la mano engendradora y sacan cierta concepción pirandelliana de un personaje en busca de autor. El arte del novelista es pues ante todo mirada creadora, exploración psicológica, desentrañamiento del principio general en la trabazón de lo particular, mirada firme sobre la vida, en su génesis y en sus variados desenlaces, visión profunda del destino humano, transitorio y eterno, nutrido de jugos terrenales y alumbrado por serenos resplandores divinos. Por esto, sólo el novelista católico dispone de recursos suficientes para tan ingente labor; es preciso el cristianismo para explorar dignamente los cerrados abismos del alma, para comprender que no es el espíritu simple epifenómeno de lo fisiológico, para hallar, como decía Bloy, en cada vida un símbolo, no un representante social como vieron los naturalistas. Para penetrar en el alma hay que tener sentido espiritual de la existencia, ir a ella no con herramientas de crítica

sino con los fuegos del amor y de la compasión, ver la vida y sus miserias con pupilas purificadas por la caridad.

Mauriac se explica así: "Purifiquemos la fuente. Un escritor católico no es un triunfador, es un militante en peligro. En cada una de sus obras se juega entero cuerpo y alma. Avanza sobre una estrecha cuchilla tendida entre los abismos: no escandalizar, pero no mentir; no excitar las concupiscencias de la carne pero no falsificar tampoco la vida".

Mauriac ve el mundo con una visión de cristiano angustiado ante el poder del mal, ante el dominio creciente del maligno, ante la preponderancia de la carne sobre el espíritu, ante el empuje de dos fuerzas que apartan del genuino cristianismo a una inmensa multitud: el dinero y los prejuicios sociales; ve la falsificación del concepto del pecado en el mundo moderno, siente cómo se desgarran el hombre entre odios, concupiscencias y ambiciones, como se encubre el vicio con capas de virtud en las almas y en las sociedades, y todo lo pinta con la independencia del cristiano; pero conoce al mismo tiempo el hondo valor de la redención humana, los misterios de la gracia, los secretos caminos de Dios en las almas, y tiene la esperanza cierta del triunfo definitivo del ángel sobre la bestia.

Por ello sus novelas son mezcla curiosa de pesimismo y optimismo, por eso hay que ir hasta el fondo y no enredarse en el ambiente sulfuroso en que muchos de sus seres actúan, en tanto que más hondo se perciben los rumores de las aguas del bien.

Mauriac quiere rehabilitar la noción del pecado que el mundo falsea. "Lo que introduzco a pesar mío, afirma, en todas mis criaturas es la prolongación metafísica, forjadora de malestar. Soy un metafísico que trabaja en lo concreto. Gracias a cierto dón de atmósfera procuro tornar sensible, tangible, olfativo el universo católico del mal. Ese pecado del que los teólogos dan una idea abstracta yo lo hago encarnarse" (*Journal* - II). Y en realidad sabe arrancar con maestría las máscaras sociales, poner el dedo de su análisis en el punto preciso de la úlcera, descubrir el sordo rumor del mal entre los murmullos mismos de la plegaria; en veces una sola frase ilumina, como relámpago, las oscuridades de la culpa. Dos ejemplos bastan para confirmarlo. En "Destins" veamos las palabras reveladoras de una situación común a nuestra sociedad, con las que el hijo de Elizabet Gornac le enrostra su falseamiento del concepto de la religión y del pecado. "Sin embargo, te crees digna y religiosa, pretendes saber lo que es el pecado. Pues bien, no lo sabes. No te preocupas sino del cuerpo. Hasta la religión forma parte de tu confort y de tu higiene!" En "El Fin de la Noche" Teresa Desqueyroux, la envenenadora, propone el problema del mal con esta frase en que trata de disculpar su crimen: "No, yo no soy un monstruo! Usted mismo si bien mira y aún sin indagar mucho... oh claro! Usted nunca ha forzado la dosis de un remedio para desembarazarse de una criatura. Pero existen tantos otros medios para suprimir los seres! Cuántos ha rechazado usted de su vida!".

Mauriac explora pues de un golpe esa honda traición de la caridad al prójimo corroída a cada paso por el veneno que cada uno lleva

en sus venas y del cual es apenas pálido símbolo el arsénico que hábilmente maneja Teresa Desqueyroux.

Ahora veamos una frase en que con un curioso juego de pronombres personales plantea el conflicto de la carne, el problema del hombre: "Este mundo, dice, este mundo ciego de la carne, este universo de células y glóbulos que obedecen su ley e ignoran la nuestra porque ellos no son nosotros! (*car ils ne sont pas nous*)".

Mas ya dijimos que para Mauriac la visión del mundo no es del todo pesimista y desolada; sus ojos van a la miseria humana iluminados por la luz de la fe y de la esperanza, humedecidos por aguas de caridad y compasión. De esta suerte sabe situarse en las antípodas del naturalismo porque plantea el conflicto y expone la solución; su mirada escrutadora no es de indiferencia sino de amor y de misericordia. Se siente solidario de la flaqueza humana, comprende la responsabilidad de la verdad, sabe rehuír los linderos del escándalo sin apartarse de los límites de la viva realidad, no hay en él curiosidad de la falta o dureza para con el caído, reina en su obra un inmenso amor, la caridad de Cristo. Esa acritud de muchas de sus páginas se funda en una visión espiritualizada de las cosas. Por eso para leerlo se requiere la condición que Mauriac pone al escritor católico: purificar la fuente! A la novela de Mauriac debe llegarse también con el corazón limpio.